

TEMPUS Revista en Historia General
Medellín (Colombia), 2017, Primer Semestre, Número 5
Pp. 1-24, ISSN: 2422-2178 (En línea)

PANAMÁ, UN PAÍS EN GUERRA. SIGLOS XVI-XIX

Alfredo Castillero Calvo¹

Universidad de Panamá

DOI: 10.17533/udea.tempus.n5a01

Resumen

Este artículo empieza destacando la característica conflictividad de los pueblos precolombinos. Su tema principal es, sin embargo, la guerra a partir de la Conquista, hasta las vísperas de la Independencia en 1821. Analiza las transformaciones de la política militar en el Istmo a partir de 1597, cuando se construyen las primeras fortificaciones en Portobelo y la boca del río Chagres, se crean las primeras fuerzas regulares y las milicias ordinarias, y destaca la enorme importancia que estas desempeñaron en la defensa. Analiza la creación del situado en 1664 y su impacto en la economía, y la transformación de las milicias ordinarias en milicias disciplinadas en 1773. Documenta varios episodios bélicos trascendentales en los cuales, contra la versión tradicional, las fuerzas locales rechazaron a los invasores.

Palabras clave: Panamá, Portobelo, Drake, Parker, Morgan, Vernon, MacGregor.

Abstract

This article begins highlighting the permanent unrest of the Pre-Columbian people. Nevertheless, its main object is the war from the Spanish Conquest to the Independence in 1821. Analyzes the military transformations in the Isthmus since 1597, after the first fortifications in Portobelo and the river Chagres, the creation of the first regular troops and ordinary militia, and highlights the great importance of the militia in the defense. It analyzes the creation of the situado in 1664 and its impact in the economy, and the transformation of the ordinary militia to disciplinary militia in 1773. It documents military conflicts between Panamanian troops against foreign invading forces showing that, against the traditional interpretation, several times the local forces defeated the invaders.

Keywords: Panamá, Portobelo, Drake, Parker, Morgan, Vernon, MacGregor.

¹ Artículo basado en conferencia magistral inaugural presentada en el 1 er. Congreso de Antropología e Historia de Panamá, Ciudad del Saber, 7 de septiembre de 2016. El autor es profesor jubilado de la Universidad de Panamá desde 2007. Miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia y de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras. Investigador asociado del Centro Internacional para el Desarrollo Sostenible de la Ciudad del Saber, e investigador asociado del CELA.

Cuando el gran historiador Fernand Braudel proponía que la aproximación al pasado debía ser *total*, debió haber anticipado que ese objetivo no era realista. Ni él mismo logró hacer historia total, ni nadie lo ha logrado hasta ahora. Pudo más bien agregar: afortunado aquel que lo consigue. Los historiadores debemos resignarnos a una tarea más modesta: como mucho, achicar el marco de lo desconocido, y seguir asediando nuestros objetivos hasta agotar las fuentes, o rendir los diversos flancos, como lo harían los atacantes de un castillo. No se conquista un fuerte de una sola vez sino tras un largo asedio y muchas arremetidas. Descorazona reconocer las veces que los historiadores fracasamos en nuestros asaltos, obligándonos a probar suerte en otras plazas, buscando aquellas que ofrezcan menos resistencia.

Lo he aprendido durante mi larga experiencia en el oficio. Descubrí en el camino que uno de mis mejores asedios a la realidad social del Panamá colonial me dio frutos cuando estudié la vivienda y la vida urbana, o las relaciones hispano-indígenas. Aproximarme al estudio de las instituciones o al comercio, a la cultura material o a la alimentación, me iluminó nuevas parcelas que no sospechaba.... y aún sigo buscando nuevos horizontes para entender mejor cómo éramos y qué hemos heredado de aquellos hombres y mujeres que nos antecedieron. El día que algún estudiante despistado no encuentre tema para su tesis y tenga la infortunada idea de hacerla sobre mi obra, debiera empezar por allí: cómo este historiador trató de reducir el vasto campo de lo desconocido para acercarse poco a poco a esa aspiración braudeliiana de historia total... pero que apenas pudo llegar a la orilla, porque la comprensión del pasado es inagotable y la musa Clío es caprichosamente elusiva.

En esa búsqueda por rescatar del olvido parcelas desconocidas, pasé estos dos últimos años redactando un libro que he titulado *Portobelo y el San Lorenzo del Chagres, Perspectivas Imperiales, siglos XVI a XIX*². Gran parte del libro está dedicado a la guerra y sus temas conexos: fortificaciones, financiamiento de la defensa, formación de tropas regulares y milicias, y buena parte a las batallas. Estos son temas que, sorprendentemente, han descuidado nuestros historiadores de la Colonia, como si tuviesen sólo una incidencia apendicular. Cuando se refieren, propiamente, a episodios bélicos, por supuesto que hablan de Drake, de Morgan o de

² Alfredo Castellero Calvo, *Portobelo y el San Lorenzo del Chagres, Perspectivas Imperiales, siglos XVI a XIX* (Panamá-Bogotá: Editora Novo Art, 2016).

Vernon, pero se limitan a mencionar datos puntuales como nombres y fechas, generalmente descontextualizados y sin explicar su trascendencia, por lo que parecen más referencias anecdóticas que propiamente historia. Es más, lo hacen invariablemente basándose en fuentes inglesas, donde sin excepción éramos apaleados y humillados. Escogí la guerra como tema de esta exposición no solo porque ha escapado a la observación de los historiadores sino y sobre todo porque urge rescatar una dimensión de nuestro pasado colonial sin cuyo conocimiento quedaríamos sin comprender uno de sus aspectos esenciales.

Empezaré por recordar que la guerra es inherente a nuestros atavismos y se encuentra inmersa en el ADN humano desde el umbral de la historia. La misma *Historia*, como ciencia y disciplina, se originó más que nada como un recuento de guerras y así continuó hasta el siglo XVIII, cuando empezaron a surgir nuevas maneras de ver el pasado, aunque sin desplazar del todo el enfoque tradicional. Cuando estudiaba el bachillerato, la historia de Grecia o de Roma que se enseñaba era sobre todo una historia de guerras. El poeta italiano Fulvio Testi escribía en 1641: “este es el siglo del soldado”. Pero al citarlo, Geoffrey Parker, gran especialista británico en las guerras modernas, agrega: “¿qué siglo de la historia europea no lo ha sido?” Y continúa: “Es muy difícil encontrar un decenio, antes de 1815, en el que al menos no tuviera lugar una batalla”³. Lo mismo podría decirse del Lejano Oriente o de cualquier otra parte del mundo.

Las guerras precolombinas

¿Pero acaso era distinto en América? La existencia de los pueblos precolombinos era cualquier cosa menos la de una Arcadia inocente, donde todos vivían felices y en paz. Cortés se impuso a Moctezuma gracias a que tuvo el apoyo de los tlascaltecas, acérrimos enemigos de los mexicas. ¿Y que tenemos en Panamá? Propuse en mi libro *Conquista, Evangelización y Resistencia*⁴, que la guerra era un modo de vida de nuestros pueblos precolombinos. Gracias a la

³ Geoffrey Parker, *La Revolución Militar. Innovación militar y apogeo de Occidente, 1500-1800* (Madrid: Alianza Editorial S. A., 2002). Del original en inglés: *The Military Revolution. Military Innovation and the Rise of the West. 1500-1800* (Cambridge: Cambridge University Press, 1999), 25.

⁴ Este libro fue Premio Miró 1994, y publicado por el Instituto Nacional de Cultura en 1995. Nueva edición corregida y aumentada, por Editora Novo Art, Panamá-Bogotá, 2017.

guerra se obtenían bienes del enemigo, y si se les vencía se quedaban con sus mujeres y se les sometía como esclavos. Era una manera de extender el territorio y de hacer la tribu más rica, fuerte y numerosa. Se comprende que si algo resentían de la labor evangelizadora de los misioneros era que les prohibieran hacer la guerra. Por eso mismo rechazaban las misiones y se rebelaban.

De ahí que los chirilúes fuesen enemigos de los borucas, los querébalos y los chalivas, los chalivas de los dolegas, los teribes de los doraces y los changuinas, los suríes de los dolegas y los róbalos, los cunas de los cuevas y los chocoes de los cunas. Todos se peleaban con sus vecinos. Cuando el conquistador preguntaba por oro, los indígenas lo remitían a las tierras de sus enemigos, con la esperanza de que los aniquilaran. Panquiaco le señaló el camino a Balboa, pero evitó acompañarle porque al cruzar el Istmo tropezaría con sus enemigos ancestrales, ya que Careta estaba siempre en guerra con Comogre, este con Ponca, Ponca con Cuarequa y ambos con Chiapes. Confiaba que Balboa exterminara a sus odiados adversarios.

Basta leer con atención las crónicas de la conquista para enterarse de la frecuencia con que ocurrían las guerras entre los pueblos precolombinos, y estas guerras continuaron después de la ocupación española. *Acla* significaba en lengua cueva “montón de huesos”, debido a una enorme pila de huesos humanos resultado de una batalla recién ocurrida en el lugar entre tribus rivales. Gaspar de Espinosa tuvo noticias de que en los llanos de Trota se había asentado un pueblo recién llegado de Centro América y sometido a los primitivos habitantes, pero que había perecido a causa de una plaga. Y los chuchureyes que encontró Nicuesa cuando arribó a Nombre de Dios era otro pueblo que recién había llegado también de Centro América.

Desde hace décadas la arqueología afirma haber desmentido la idea de que, antes de la llegada de los españoles, el Istmo era una mera zona de paso y que, por el contrario, los que lo habitaban eran pueblos enraizados desde tiempo inmemorial. Puede que esto sea correcto, en el sentido de que ciertos pueblos llegaron a radicarse por mucho tiempo, creando incluso una espléndida cultura. Pero el examen de la documentación histórica posterior a la Conquista nos revela que continuaron produciéndose invasiones de pueblos extranjeros, así como desplazamientos y posible aniquilación de los ocupantes preexistentes. Como acabo de mencionar, al Istmo llegaban pueblos de otras partes lejanas para asentarse y, asimismo, que pueblos ya establecidos desaparecieron antes de la llegada de los españoles. ¿No llegaron los

cunas desde el Golfo de Urabá y avanzaron por Darién a principios del siglo XVII, ocupando el lugar de los cuevas? ¿Eran los indígenas de Azuero o de Coclé de los tiempos de la Conquista los mismos que produjeron las impresionantes expresiones culturales de El Caño o de Sitio Conte? ¿Y qué me dicen de los mosquitos de Nicaragua y Honduras? A lo largo del siglo XVIII, hasta 1805, atacaron incesantemente las costas de Veraguas y Coclé y de no ser por la presencia española, acaso se habrían establecido en esos territorios, desplazando a sus primitivos habitantes.

Nada de lo anterior se compara, sin embargo, con lo que sobrevendría tras la Conquista. Fue un punto y aparte. Para una mejor comprensión del tormentoso proceso que se inicia entonces, he separado mi exposición en tres secciones, dado que cada una tiene aspectos propios respecto a la guerra, la defensa y sus consecuencias. Primero, me referiré al siglo XVI, hasta la fundación de Portobelo en 1597, ya que ese momento representa un punto de inflexión decisivo en el sistema de defensas. En segundo lugar me ocuparé del proceso de creciente militarización del país con la construcción de las fortificaciones en el Caribe, la formación de las primeras tropas regulares y las milicias, la creación de un subsidio anual para financiar las defensas y los ajustes institucionales que se introducen para hacerlas eficientes. En tercer lugar me referiré a los hechos de guerra más importantes que tuvieron lugar en Panamá, con objeto de desmitificar la versión que se nos ha transmitido de que solo fuimos víctimas de saqueos, invasiones y derrotas, e incapaces de hacerle frente al enemigo e incluso doblegarlo.

La guerra en el siglo XVI

A lo largo de todo el siglo XVI, desde los tempranos años de la Conquista, hasta la fundación de Portobelo en 1597, el istmo de Panamá fue escenario de numerosos episodios bélicos, sea para sofocar la resistencia indígena o para rechazar ataques piráticos, o porque los propios españoles se peleaban con saña entre sí. Durante los años que duró la Conquista, es decir hasta la década de 1560, los habitantes del istmo de Panamá estuvieron sometidos a constantes sacudidas de violencia y hechos sangrientos provocados por los mismos conquistadores. En tiempos de Balboa y Pedrarias, y luego durante la conquista de Veraguas, era raro el año en que estos conflictos no tiñeran de sangre al país. Durante muchos años, hasta que se consumó la

conquista veragüense, Natá fue considerada tierra de frontera y estuvo constantemente desafiada por la resistencia indígena de caciques como Urracá o Estiber. El esclavo fugitivo Felipillo introduce desde 1549 un nuevo elemento en los conflictos locales: el cimarronaje. Le sucede en la década siguiente Bayano, que mantiene en vilo a la colonia durante décadas, hasta que los cabecillas se entregan. Primero lo hace Luis de Mozambique en 1579 y luego Antón Mandinga en 1581 y la historia del cimarronaje entra en una nueva fase. El gobierno local funda dos pueblos con estos ex-cimarrones, llamados mogollones, a los que da la libertad, obsequia vacas, granos, herramientas y otros bienes, para que puedan sustentarse y se incorporen al sistema colonial, y a la vez se comprometan a combatir a otros cimarrones y a defender la colonia de ataques piratas, como lo hacen, incluso fieramente, los de Santiago del Príncipe durante el ataque de Drake a Nombre de Dios.

Para los mismos años, los intentos de expansión colonizadora hacia el sur y el occidente de Veraguas, estuvieron acompañados por nuevos choques de armas con los indios, unas veces porque los colonos perseguían a los que se encontraban refugiados en los montes para repartírselos en encomiendas, otras porque los indios de la isla de Cébaco atacaban la recién fundada ciudad de La Filipina, que incendiaron repetidas veces matando a varios de sus vecinos.

En abril de 1576 se rebelaron los indios de Trota (en las cercanías de Soná, entre la península de las Palmas y Santiago), y mantuvieron en jaque hasta agosto a 40 soldados que fueron enviados con un capitán para reducirlos. En este alzamiento mataron a ocho vecinos y un cura. También para esas fechas se producen ataques a los reales de minas por los indios *coclé*, en la vertiente caribeña de la provincia de Veraguas. Veraguas fue entonces la nueva frontera occidental de Tierra Firme, con dos flancos constantemente bajo amenaza, al noreste, en tierra de los rebeldes *coclé*, y al sur de la provincia, en La Filipina.

Para las mismas fechas varias fragatas piráticas merodeaban por las costas de Bocas del Toro y el norte de Veraguas. Los piratas atacaron y saquearon Concepción, capital minera de la región.

Así pues, durante la década de 1570 el país se encontraba asediado por todos los frentes: rebeliones indígenas en Veraguas y Coclé; cimarronaje en la región del Caribe, comandados por Luis de Mozambique, y al oriente de la capital, en Darién, por Antón Mandinga; asaltos piráticos por la costa veragüense e invasiones profundas al istmo central por Drake y Oxenham. Este ciclo

de guerra se cierra con la invasión comandada por Drake en 1596. Era un ciclo que dejaba una estela de muerte y un creciente temor por la amenaza de fuerzas externas, mientras que en el occidente del Istmo, los indios del norte de Veraguas y Coclé, y del recién conquistado Chiriquí, no dejaban de hostilizar cada vez que podían.

El país estaba muy poco poblado, y el número de colonos era pasmosamente pequeño, de modo que los levantamientos indígenas, o el peligro cimarrón, o los ataques de piratas, eran amenazas muy serias que, de no frenarse, podían tener efectos catastróficos, incluso para la propia supervivencia de la colonia.

Lo más grave de esta amenaza es que ponía en riesgo la celebración anual de las ferias en Nombre de Dios, donde se concentraban los galeones procedentes de España y millones de pesos en mercancías y en barras y monedas de oro y plata provenientes del Alto Perú. Ferias, galeones y tesoros eran la razón de ser de la ruta del Istmo, de manera que tales amenazas debían ser encaradas seriamente por el Imperio. Y así se hizo.

Pero antes era preciso superar obstáculos no poco complejos. Para empezar, Nombre de Dios no era ni siquiera un puerto sino una rada abierta, poco profunda y salpicada de arrecifes, que ponían en peligro a los galeones, cuyo calado era cada vez mayor. Uno de los aspectos a considerar era construir fuertes para proteger la celebración de las ferias de ataques enemigos, pero el área de Nombre de Dios era muy llana, por lo que no se ajustaba mínimamente a los criterios poliorcéticos de la época, según los cuales la plaza debía estar rodeada de altos montes donde pudieran erigirse los fuertes.

Plan radical de reformas militares desde 1597

Fue así como surgió la necesidad de reemplazar Nombre de Dios por Portobelo, que no solo tenía una bahía profunda y abrigada, sino que también sus características orográficas eran ideales para construir castillos y, además, quedaba a una distancia mucho más corta de la boca del Chagres, que era la vía de entrada fluvial para atravesar el Istmo y llegar a la capital. La Corona le encomendó a una comisión la tarea de la mudanza, la construcción de las fortificaciones y de un nuevo camino real para reemplazar el que conectaba antes a Nombre de

Dios y Panamá. La construcción de las defensas y del nuevo camino recayó en el ingeniero Bautista Antonelli, que sin demora hizo las trazas para el San Felipe y el primer Santiago de la Gloria, en Portobelo, además de un pequeño fortín para la boca del Chagres.

Para que el plan de defensas quedara completo hacía falta, además, equipar de tropas a los fuertes, suministrarles armas y pertrechos y estructurar la institución militar. Fue entonces cuando se inició el primer gran proyecto de militarización del país. La tarea recayó en Alonso de Sotomayor, fogueado en la Araucanía chilena y en la guerra de Flandes, donde había recibido graves heridas que le deformaron el rostro. Luego de organizar la defensa contra Drake en 1596 —al que derrota—, viaja a España, de donde regresa a Panamá con el triple cargo de capitán general, gobernador y presidente de la Audiencia. Era la primera vez que los más altos cargos de gobierno y guerra recaían en una misma persona, y así quedó establecido hasta que se suprimió la Audiencia a mediados del siglo XVIII. Desde entonces, hasta finalizar la colonia, el gobierno recaería en militares, y ya no más en solo abogados, salvo en acefalías temporales.

De hecho, después de suprimida la Audiencia, la cabeza del gobierno siguió recayendo en militares: un comandante general con sede en la capital, y para cada provincia un comandante subordinado a este. De esa manera, desde 1597, a partir de la fundación de Portobelo, con su nuevo sistema de defensas, Panamá dejaba de ser una plaza de pleitos, como hasta entonces, para convertirse en una plaza esencialmente militar y así continuó durante el resto del periodo colonial. En consecuencia, la militarización continuó fortaleciéndose, sobre todo después de que se encendieran las alarmas tras los asaltos de Morgan en 1668 y 1671.

A partir de entonces la Corona se vio obligada a introducir cambios radicales y costosos. Se reforzó el San Lorenzo (que por primera vez se reconoce como un punto vital para la defensa), se construyeron dos fuertes en el curso medio del Chagres, se aumentaron fuertemente las dotaciones militares, así como los fondos destinados a la defensa, y el gobierno de Portobelo recayó en un teniente general con la atribución de poder reemplazar en las acefalías al capitán general, gobernador y presidente de Panamá.

Tan arraigada era la idea de que al frente del gobierno debiera estar un militar, que durante las guerras de Independencia, una de las mayores aspiraciones locales era que se le restituyera al Istmo su antigua condición de Capitanía General.

Las primeras milicias y fuerzas regulares

En 1597 Alonso de Sotomayor regresó de España con 200 tropas regulares fogueadas en las guerras europeas, que distribuye en Portobelo, Chagres y la capital. Al mismo tiempo organiza por primera vez las milicias ordinarias, compuestas por el paisanaje. Estas milicias estaban constituidas por varones adultos con capacidad de portar armas, y fueron agrupadas en compañías de blancos, mulatos, negros libres y mestizos, cada una con su capitán. Un contingente miliciano aparte eran los indígenas de Parita, Penonomé, Cubita y Olá, que se reconocían a sí mismos como de la etnia *coclé*. Estas milicias indígenas se mantuvieron activas hasta muy avanzado el siglo XVII. Actuaban de manera autónoma, y el fuerte de Chepo estuvo durante un largo tiempo a su exclusivo cuidado. Gozaban de plena confianza por parte de las autoridades coloniales y fueron celebrados como hábiles flecheros y rastreadores en las campañas contra cimarrones y piratas. En el fuerte de Chepo su función era frenar el avance de los cunas.

La tropa regular era pagada, y hasta principios del XVIII, al igual que ocurría en España y el resto de Europa, no usaba uniforme, y la mayoría de los soldados rasos a menudo iba descalza o bien con alpargatas o con cutarras (que se mencionan con ese nombre desde comienzos del siglo XVIII). Esto fue así hasta la década de 1730, cuando finalmente se les dio uniforme. Por su parte, las milicias no recibían paga, salvo cuando iban a campaña. Su preparación militar era precaria, ya que el entrenamiento que recibían era solo ocasional y casi siempre en días festivos. Durante mucho tiempo no inspiraban la menor confianza, pese a que desde muy temprano tuvieron una importante participación en varios teatros de guerra, tanto si iban a capturar esclavos fugitivos, como a someter indios rebeldes o a combatir piratas. Cuando lo hacían, marchaban hombro con hombro junto a las tropas regulares, iban armadas como éstas y confrontaban los mismos peligros y privaciones. El resultado es que con el paso del tiempo cambió radicalmente la percepción que se tenía de este cuerpo, al punto de reconocerse, ya desde principios del siglo XVIII, que la principal defensa del Istmo recaía casi totalmente en las milicias⁵.

⁵ Para estas reformas, Alfredo Castellero Calvo, *Portobelo y el San Lorenzo del Chagres*, capítulo VI.

El papel decisivo de las milicias en la guerra

Aunque puedo dar numerosos ejemplos del papel decisivo que jugaron las milicias en distintos conflictos militares, sobre todo las de *color*, o *pardas*, aquí me limitaré a evocar solo dos de sus mejores momentos. En 1744 el comodoro británico William Kinghills llega a Portobelo para reclamar un decomiso que habían capturado las autoridades locales. Sitió el pueblo durante un mes y finalmente, al no recibir respuesta favorable a sus demandas, lo bombardeó con 5,000 tiros de cañón, destruyendo la Aduana, las iglesias, el hospital y las casas más costosas. Su intención era ablandar la resistencia, desembarcar y, si tenía éxito, avanzar hasta Panamá. La tropa regular y paga se desplazó a la retaguardia, en el pantano de El Cascajal, para cercar el paso si Kinghills decidía cruzar el Istmo, pero las milicias, casi toda compuesta por pardos locales, se apostaron en el pueblo con los pocos cañones que habían logrado recuperar después de que en 1739 Vernon desmantelara la plaza. Mientras resistían el feroz bombardeo, devolvían los tiros con sus escasos cañones, y maltrataron severamente uno de los barcos de Kinghills. En vista de la tenaz resistencia miliciana, el inglés desistió del desembarco y, sin haber logrado recuperar el decomiso, se regresó a Jamaica derrotado. En el viaje naufragó su escuadra y el propio Kinghills pereció. Las milicias fueron premiadas por su heroica defensa, y el que más elogios recibió fue uno de nombre Firi Firi, capitán de la compañía de milicianos *bozales*, lo que quiere decir que eran negros nacidos en África ya liberados de la esclavitud⁶.

Otro episodio revelador es el papel de las milicias en la campaña de exterminio contra los cunas que se desarrolló en la década de 1780. Gran Bretaña le tenía el ojo puesto al Darién, que quería arrebatarse a España, y para ello hizo alianza con los cunas, a los que armó. Aunque los cunas venían haciendo guerra a la colonia desde principios del siglo XVII, esta alianza era ya intolerable por lo que se acordó exterminarlos a sangre y fuego. Se construyeron cuatro fuertes en el arco de San Blas (entre el río Mandinga o Cartí, en la bahía de San Blas, hasta el río Caimán, en el Golfo de Urabá), y varios en el interior del Darién; se enviaron numerosas tropas regulares y 3,000 soldados milicianos. Mil pardos perecieron en combate. Debido a la conscripción y a las muertes en campaña, muchos cultivos y haciendas quedaron abandonados y la población decreció. Cuando los cunas estaban a punto de rendirse y las fuerzas británicas se retiraban,

⁶ Para este episodio, Alfredo Castellero Calvo, *Portobelo y el San Lorenzo del Chagres*, capítulo XII.

llegaron las noticias de la Revolución Francesa y España tuvo que revisar prioridades, abandonando Darién y dejándolo nuevamente bajo control cuna.

Para combatir a los cunas se habían enviado cien indios de las misiones de Chiriquí y Veraguas, pero algunos se escaparon de Darién, al parecer irritados por lo que vieron, y regresaron a sus pueblos incitándolos a que se alzaran contra los colonos. Como resultado, y al grito de “matar blanco, matar padre, quemar pueblo”, prendieron fuego a varias misiones, asesinando a religiosos y vecinos. De hecho esto no era nada nuevo, ya que antes se habían producido algunas matanzas de misioneros, por lo que había sido necesario destinar a las misiones a milicianos pagados, pertrechados con armas de fuego y con funciones policíacas, para que mantuvieran a los indios bajo control. Aunque esto los contuvo por un tiempo, no contribuyó a aliviar las tensiones, sino más bien a exacerbarlas. Por otra parte, durante la guerra del Darién, se descuidó esta acción policíaca, lo que facilitó los alzamientos indígenas y pusieron en riesgo la propia supervivencia de las misiones.

Creación de las milicias disciplinadas

Después de la guerra del Darién ya no quedaba duda de la importancia de las milicias. Desde mediados del siglo XVIII —luego de algunas derrotas militares a manos de los británicos—, en un intento por restablecer su prestigio militar, España había empezado a implementar un gran plan de defensas para todo el Caribe, reforzando sus fortificaciones y reglamentando sobre nuevas bases las fuerzas militares. A partir de 1773 las milicias ordinarias son transformadas en milicias disciplinadas, dotadas con vistoso uniforme propio, calzado y nuevas ordenanzas. Se las proveía de un sueldo regular y podían gozar de fuero militar. Para los pardos fue una gran oportunidad de ascenso social y el número de soldados milicianos aumentó aún más⁷.

⁷ Para la creación de las milicias disciplinadas, Alfredo Castellero Calvo, *Portobelo y el San Lorenzo del Chagres*, capítulo VII.

Para entonces era imposible que España pudiera enviar hombres a cada una de las plazas que tenía distribuidas por sus vastos dominios, de modo que cada vez más los fuertes y destacamentos debía ocuparlos con las milicias locales. Era lo que se tenía a mano y lo que más abundaba. Así lo confirmaba el virrey José de Ezpeleta (1789-1797) en su *Relación de Mando* de diciembre de 1796, refiriéndose al Batallón Fijo de Panamá: “De España ha mucho tiempo que no le viene un hombre, con que ha sido necesario apelar en mi tiempo al recurso de sacar cierto número de milicianos de allí mismo para suplir la falta”⁸.

Ya desde mediados del siglo XVIII la gran mayoría de las fuerzas armadas de Panamá eran milicianas, ocupando, según en qué lugar, entre el 72% y el 84% del total de la tropa. Otro tanto ocurría con la oficialidad, y en Panamá, como en Cartagena o La Habana, era cada vez mayor el porcentaje del Estado Mayor y de la oficialidad que lo formaban nativos del lugar. Para 1784 la oficialidad nacida en el Istmo era superior al 76%, y en 1807 era casi el 84%. Y así sucedió hasta la misma Independencia, de modo que, como ocurrió en otras partes, la insurgencia enfrentó más a criollos contra criollos que a estos contra españoles.

Creación del situado

A partir de 1656, cuando cayó Jamaica en manos británicas y poco después la isla Catalina, hoy Providencia, a medio camino entre Jamaica y Panamá, la amenaza externa se hizo cada vez más intensa y frecuente, convirtiéndose en un fenómeno casi cotidiano, sobre todo en lugares como Portobelo y Panamá. Los documentos repiten recurrentemente que la población se la pasaba “con las armas en la mano” y que Panamá era un país “de frontera”. Esta situación obligó a aumentar las fuerzas locales con tropa regular y miliciana y a realizar ingentes gastos en fortificaciones. Para eso se necesitaba plata, y mucha plata.

Gracias a los considerables ingresos fiscales que recibía Panamá durante las ferias, mientras éstas fueran prósperas y regulares, es decir hasta mediados del XVII (precisamente cuando Jamaica caía en manos enemigas), bastaba el impuesto de almojarifazgo para cubrir los gastos militares. Pero desde esa fecha, al decaer las ferias y hacerse estas cada vez más

⁸ Germán Colmenares, *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*, Tomo II (Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1989), 287.

espaciadas e irregulares, los ingresos fiscales empezaron a caer en picada libre y los propios recursos locales no alcanzaban para cubrir los gastos de defensa. Tuvo entonces que crearse una nueva figura fiscal conocida como *situado*, consistente en una suma anual de dinero líquido de proporciones enormes que debía enviarse desde las Cajas de Lima. Al principio el situado se destinaba solo para gastos militares, pero pronto fue aumentado para cubrir también los gastos de administración del gobierno y hasta para los sínodos de los curas. Como resultado, el situado se convierte en el mayor ingreso individual del Fisco panameño y en el principal soporte de la economía, a la que vivifica cada vez que llegaba⁹.

Gracias al situado se reconstruyeron los castillos que había destruido Morgan en Portobelo y la boca del Chagres, construir dos fuertes nuevos en su curso medio —el Gatún y el Dos Brazas—, realizar gastos enormes para mudar Portobelo a la orilla del Cascajal (proyecto que fracasó y fue una total pérdida de tiempo y dinero), y mudar la devastada ciudad de Panamá a su destino final, donde quedó protegida por una costosísima muralla. Todo esto se hacía al mismo tiempo y a un costo colosal. Con razón, al enterarse de la situación de Panamá, luego de los ataques enemigos y de los costos de defensa, un miembro del Consejo de Indias propuso que el Istmo debía ya considerarse un país en guerra¹⁰.

Como estas condiciones no solo continuaron sino que recrudecieron durante el siglo XVIII, gran parte de la población panameña acabó vinculada de alguna manera a la defensa. Para entonces las vocaciones religiosas habían decaído mucho y en su lugar los jóvenes de la élite preferían inclinarse por la carrera militar, cada vez más prestigiosa. Y como se necesitaban siempre más y más tropas, el resultado fue que desde la segunda mitad del siglo XVIII, y de manera creciente, alrededor del 8% del total de la población era parte de la tropa o de la oficialidad: ¡ocho de cada cien panameños! En 1779, solo en la capital, el total de las tropas

⁹ Para la creación del situado, Alfredo Castellero Calvo, *Portobelo y el San Lorenzo del Chagres*, capítulo X. Sobre el situado abunda información referente a Panamá en José Manuel Serrano Álvarez, *Fortificaciones y Tropas. El gasto militar en Tierra Firme, 1700-1788* (Sevilla: Universidad de Sevilla, CSIC, 2004).

¹⁰ El 17 de abril de 1683, en una consulta del Consejo de Indias para discutir diversas opciones para mejorar las condiciones de defensa del Istmo en vista de los recientes ataques piráticos, así como la conveniencia de suprimir la Audiencia, el conde de Castellar manifestaba que debía “considerarse ya a Panamá más plaza de armas que teatro de pleitos”. Los demás miembros del Consejo secundaron su moción. La Consulta, en AGI Panamá 167.

regulares y milicianas ocupaban el 32% de la población, y en Portobelo desde mediados de siglo, según en qué año, constituían alrededor del 60%. Era un país altamente militarizado.

Mencioné antes que uno de los tópicos de nuestra historiografía sostiene que en la guerra siempre fuimos vencidos y humillados. Ahora veremos que la realidad fue muy distinta. Me concentraré en los ataques externos, los de la piratería y de las agresiones por temibles potencias enemigas. Escogeré cinco casos representativos: el último ataque de Drake, en 1596, el de Parker en 1601, el de Morgan a Portobelo en 1668, el de Vernon entre 1739 y 1742 y el de MacGregor en 1819. Hubo ciertamente bastante más encuentros bélicos donde nuestras tropas corrieron a los enemigos, o los apresaron, para encarcelarlos, fusilarlos o ahorcarlos en las plazas a la vista del público, pero aquí me limitaré a los casos mencionados.

La derrota de Francis Drake en 1596

Cuando sir Francis Drake llegó a Nombre de Dios en 1596 ya conocía bien el Istmo y gozaba de un enorme prestigio en Inglaterra. Traía una flota poderosa como jamás se había visto en el Caribe, con decenas de grandes barcos fuertemente artillados y cerca de 5,000 tropas. Confiaba que le apoyarían los negros fugitivos, como lo habían hecho en sus anteriores correrías por el país, y que Nombre de Dios, que carecía de fortalezas y estaba poco poblado, se le rendiría al primer disparo. Pero ignoraba que el peligro cimarrón ya estaba bajo control español y no contaba con la presencia de Alonso de Sotomayor y sus viejos compañeros de armas que habían peleado con él en Flandes y Chile, ni con las destrezas del ingeniero Antonelli, que en un santiamén podía improvisar un fuerte o armar trincheras y obstáculos en cualquier ruta que el invasor escogiera para cruzar el Istmo.

Sotomayor reforzó todos aquellos sitios por donde pudiera atacar Drake, desde Nombre de Dios o la boca del Chagres, hasta Cruces y Panamá. Se movilizó toda la colonia, blancos, negros libertos, campesinos del Interior, indígenas leales e incluso esclavos, que se posicionaron en Cruces, en Chagres, y en distintos pasos estratégicos con las armas que tuvieran, como espadas, dagas, picas, lanzas, mosquetes o arcabuces. Como el desembarco de Drake se esperaba en Nombre de Dios, Sotomayor dio órdenes a su alcalde mayor de que se retirara con toda la población al paso de Capirilla, donde Antonelli había construido un fuerte-trinchera y Sotomayor

tenía encargada la defensa a su viejo compañero de armas Juan Enrique Conabut. En Nombre de Dios solo quedó una viuda rica y terca y nadie se movió de Santiago del Príncipe, pueblo de antiguos cimarrones ya liberados, llamados mogollones, que tenían un pacto de alianza con la colonia.

Confiado en su éxito, luego de ocupar sin dificultad a Nombre de Dios, Drake envió a 900 hombres para que persiguieron a los vecinos en retirada, pero al llegar a Capirilla recibieron una sangrienta paliza. Ya se le habían sumado a Conabut los vecinos de Nombre de Dios y cuando empezó el choque llegó más fuerza de Panamá. El combate fue feroz y el propio Conabut ensartó con su lanza a varios enemigos. Cayeron muertos 150 ingleses y a los restantes se les persiguió por la selva causándoles más muertos o heridos. De parte de los defensores no hubo una sola baja. Fue una derrota contundente.

El golpe dejó totalmente desconcertado a Drake, que permaneció durante semanas en Nombre de Dios confiado en recuperar fuerzas, pero las tropas y al parecer él mismo empezaron a caer presa de la disentería por falta de agua potable. Y lo peor era que cuando enviaba a buscar agua al río Factor, donde se encontraba Santiago del Príncipe, los antiguos cimarrones mataban a sus hombres. Allí su peor pérdida fue la de uno de sus sargentos mayores y pariente suyo al que mató Pedro Yalonga, esclavo de un mogollón, y a quien la Corona premió otorgándole la libertad luego de conocer su hazaña.

Frente a este fracaso y a la pérdida por enfermedad de más hombres, Drake se retiró a la isla Escudo de Veraguas, para poco después regresar e invadir el Istmo, atacando esta vez a Portobelo, que aún estaba en construcción. Pero tampoco le fue bien allí. Ordenó destruir lo que estaba en pie y quemó los depósitos de maíz, pero no se atrevió a desembarcar, ya que cada vez que enviaba fuerzas a buscar agua o comida eran emboscadas por tropas españolas y milicianas que le causaban más muertes. Víctima de la disentería, y abatido por este terrible fracaso, Drake muere a la vista de Portobelo y es arrojado al mar en un ataúd de plomo.

El desastre de la armada inglesa había sido devastador. De las 27 velas que salieron de Inglaterra solo quedaban 18 en Portobelo: nueve de ellas se perdieron. Solo cinco naves llegaron a salvo a Inglaterra. De los 5,000 hombres de guerra que llevó solo regresaron 2,000. Habían muerto dos generales (Hawkins y Drake), un almirante y numerosos oficiales de alto rango. En franco contraste, sólo murieron “cuatro españoles, un mulato y dos negros, y ninguno más”, dice

un orgulloso testigo español. No hay duda de que había sido un desastre humillante para las fuerzas invasoras y otro triunfo clamoroso contra el inglés de las defensas locales.

Por su brillante campaña militar Alonso de Sotomayor fue premiado por la Corona, encargándole el gobierno de Panamá y la organización del sistema de defensas. Libre de este formidable enemigo, el proyecto de la mudanza de Nombre de Dios continuó y poco tiempo después se fundó Portobelo donde continuaron levantándose las fortificaciones y la del San Lorenzo del Chagres¹¹.

Resistencia de Portobelo contra Parker en 1602

Pero a Portobelo le esperaban más guerras y mucho sufrimiento. Apenas había transcurrido un lustro desde su fundación cuando tuvo su segunda prueba de fuego. Una madrugada de 1601, William Parker entró sigilosamente por la costa occidental de la bahía y encuentra totalmente desprevenida a la población, que aún dormía. Aunque ya se había concluido el castillo de San Felipe, el Santiago de la Gloria aún estaba en obras y toda su guarnición se alojaba en una casa particular que servía de cuartel, mientras que su castellano, el veterano militar Pedro Meléndez Blasón vivía en su propia casa, situada en medio del pueblo.

Las posibilidades de organizar la defensa eran virtualmente nulas. Cuando ya las fuerzas de Parker estaban en la plaza y ocupaban la Aduana, el estruendo de las armas y el sonido de clarines enemigos despiertan a Meléndez Blasón, que de inmediato sale a medio vestir con su esclavo tambor para buscar a sus hombres en el cuartel. Pero al salir se tropezó con una partida de piratas a los que enfrentó él solo con su espada, mientras su esclavo tocaba redobles de tambor para dar la alarma y convocar la tropa. Meléndez, que era un hombre de 60 ó 70 años, continuó defendiéndose mientras retrocedía sin dar la espalda e hiriendo a varios enemigos. A la altura del puente de piedra que aún existe en Portobelo (y entonces era de madera) recibió dos mosquetazos en sendos hombros y aun así, totalmente ensangrentado, logró llegar al cuartel, donde solo se le sumaron siete soldados y volvió a la calle a seguir peleando, haciendo retroceder al enemigo hasta la altura de la Aduana, cuando tuvo que volver grupas, aunque siempre haciendo rostro al enemigo, cuando vio desembarcar en el muelle una lancha enemiga repleta de tropas de refresco.

¹¹ Para la campaña contra Drake, Alfredo Castellero Calvo, *Portobelo y el San Lorenzo del Chagres*, capítulo II.

Fue perseguido con los pocos hombres que le quedaban hasta el cuartel español donde, tras recibir 17 heridas de picas, balas y espadas, cayó al suelo dejándosele por muerto. Fue luego recogido por los piratas y llevado a la Aduana, donde Parker, maravillado por su valentía, le pidió a su médico que le curara. Allí Meléndez Blasón persuadió a Parker de que no quemara al pueblo, como lo había amenazado. Luego de que se le trataran las heridas, fue conducido a Santiago del Príncipe para convalecer. Mientras tanto, toda la tropa y el pueblo portobeleño se habían retirado a las afueras para organizar el contraataque y algunos soldados armaban trincheras en las bocacalles desde donde empezaron a disparar. Parker recibió una herida de bala en el brazo y, consciente de que las fuerzas locales, ya reorganizadas, no demorarían en rechazarle, decidió retirarse a solo horas de la invasión, llevándose lo que pudo y algunos rehenes, entre ellos el esclavo tambor de Meléndez Blasón.

El saqueo despojó a los vecinos hasta de su ropa, incluyendo la del propio Meléndez, que permaneció casi desnudo hasta que un viejo compañero de armas residente en Cartagena le envió con qué vestirse. Por este acto de valentía Meléndez sería siempre recordado con admiración y respeto. Era el capitán que había entrenado a las 200 tropas que llevó a Portobelo en 1597 Alonso de Sotomayor, quien le tenía en muy alta estima. Nunca hizo fortuna, manteniéndose solo de su sueldo de militar; casó con portobeleña de la pequeña élite local, pero pobre, y vivió hasta los 100 años. Fue enterrado en el convento mercedario, del que era benefactor y devoto de su patrona¹².

Después de este ataque cada vez menos vecinos querían permanecer en Portobelo, y optaron por mudarse a Panamá. De esa manera la ciudad permanecía semi vacía, para ser repoblada sólo con ocasión de las ferias. Incluso los principales negocios del lugar, excepto el alquiler de las casas, quedaron en manos de los comerciantes de la capital, como el transporte mular o las chatas del Chagres. Con el paso del tiempo también la mayoría de las casas quedaría en manos de la élite capitalina que las explotaban para renta en tiempos de ferias. Por temor a nuevos ataques y debido al alto costo de la vida, ya que casi todo, sobre todo alimentos, le llegaba de afuera, la población de Portobelo quedaría reducida a unos pocos funcionarios

¹² Sobre Meléndez Blasón y el ataque de Parker, Alfredo Castellero Calvo, *Portobelo y el San Lorenzo del Chagres*, capítulo XI.

blancos, varios cientos de soldados, unas cuantas decenas de esclavos y una creciente mayoría de habitantes mulatos y negros libertos.

Morgan ataca Portobelo y fracasa en su intento por cruzar el Istmo

Del ataque de Morgan a Portobelo en 1668 casi nada se ha dado a conocer aparte del texto, muy sesgado y lleno de falsedades del médico Exquemeling, de quien dudo seriamente que estuviera en el asalto. En cambio abundan las fuentes españolas, con relatos de testigos y declaraciones bajo juramento, que ofrecen una versión mucho más rica en detalles y por supuesto muy distinta. Pese a que se habían recibido advertencias del inminente ataque, las defensas no se prepararon y Morgan las encontró desprevenidas. El ataque se inició por el flanco occidental de Portobelo, custodiado por el Santiago de la Gloria, cuyo castellano era Juan de Somovilla Tejada, un prestigioso ingeniero militar. Pero este había ignorado las amenazas y cuando reaccionó a los primeros disparos, tan pronto se levantó de su cama cayó muerto de un tiro de mosquete. El condestable a cargo de preparar los cañones lo hizo tan nerviosa y torpemente que a duras penas pudo hacer un disparo y, abatido por el bochorno, él mismo le pidió a uno de los piratas que lo decapitara, lo que éste hizo en el acto. Por su parte, el castellano del San Felipe, que custodiaba la entrada al puerto, se rindió prematuramente, pese a la oposición de sus encolerizados oficiales, y de vergüenza poco después se suicidó bebiendo aceite de vitriolo. Se apellidaba Pau y Rocaberti, y era hermano del mismo al que Pérez de Guzmán ordenó que volara la pólvora que produjo el incendio de Panamá cuando atacó Morgan en 1671.

En contraste con la versión dorada que se ha pintado de Morgan, éste en realidad se mostró vacilante y temeroso. La gran suerte de Morgan fue que pudo contar con abundante información de boca de varios prisioneros ingleses recién capturados por los españoles en la isla Catalina y que se habían escapado de la ciudad. Estos le informaron con detalle de la condición de los fuertes y de lo mal preparada que estaba la defensa. La tropa, más decidida que su general, entró con violencia, fuertemente armada y disparando a todo lo que se movía, dejando un reguero de sangre. Dicen las fuentes que hasta los perros mataron. Solo unos pocos vecinos pudieron salir armados al encuentro pero fueron pronto sometidos. Faltó liderazgo en la defensa de la plaza y se

cometieron actos de cobardía e incompetencia militar. El propósito de Morgan era saquear y, si podía, cruzar el Istmo y capturar la capital.

La historiografía tradicional conocía mal lo anterior o sólo lo conocía parcialmente. Lo que se desconocía del todo era que, una vez llegó la noticia a Panamá, Agustín de Bracamonte y Dávila, capitán general, gobernador y presidente interino de la Audiencia, organizó sin demora el contraataque, movilizand o a cientos de tropas regulares y milicianos, para dirigirse a Portobelo y acampar en la zona pantanosa del río Cascajal. Bracamonte era soldado de carrera con título de maestro de campo; era joven y miembro de la nobleza, y necesitaba probar que merecía el cargo en propiedad, de modo que actuó rápidamente y como lo haría un militar entrenado. Desde el Cascajal lanzó varias ofensivas contra los invasores y uno de sus capitanes, en un acto que Bracamonte reprobó por su temeridad, llegó a entrar hasta la plaza del pueblo luego de matar a varios piratas, hasta que él mismo cayó muerto.

Tras el saqueo, la población fue encerrada en la iglesia parroquial, donde muchos perecieron de hambre o enfermaron gravemente luego de permanecer cautivos durante más de un mes, mientras que el pirata se dedicaba a torturar a los vecinos para arrancarles el secreto de sus supuestos tesoros. Los propios hombres de Morgan admitieron que a las mujeres les quemaban sus partes y a una dama que se suponía muy rica la introdujeron en un horno encendido para que revelase dónde guardaba la plata.

Para liberar a los rehenes y bajo amenaza de incendiar la ciudad, Morgan reclamó un rescate por un millón de pesos, pero Bracamonte no cedió. Se inició la negociación, y mientras tanto pasaban los días y morían cada vez más piratas a causa de las enfermedades tropicales, las heridas en combate y la falta de alimento. Morgan empezó entonces a aflojar, primero dijo que se conformaría con 350,000 pesos, y finalmente, consciente de que su situación era insostenible, se tuvo que contentar con 100,000, y de esa manera se salvó Portobelo de la destrucción y el pirata se retiró solo a medias contento.

El cerco que le tendió Bracamonte a Morgan en el Cascajal hizo fracasar su intención de avanzar hacia el interior del Istmo. El pirata perdió muchos hombres, tanto por enfermedad como por las heridas, y todo lo que obtuvo fue lo que pudo saquear y el monto del rescate. No hubo el

menor glamour hollywoodense en este episodio y sí mucha brutalidad pirática, pero a la vez, otra historia de la defensa muy distinta a la que conocíamos¹³.

Vernon es rechazado en Panamá el año 1742

Uno de los episodios bélicos más trascendentales, solo conocido a medias y en algunos aspectos totalmente desconocido, es el proyecto británico para apoderarse del Istmo entre 1739 y 1742. El asalto del vicealmirante Edward Vernon a Portobelo en 1739 es de sobra conocido y no hace falta repetirlo aquí. La parte desconocida y que me interesa destacar es lo que vino después. Del ataque de 1739 solo recordaré que tal vez nunca antes las defensas de Portobelo habían estado peor preparadas: el situado se había reducido y no llegaba con regularidad, faltaba pólvora, la mayoría de los cañones estaban en el suelo por falta de cureñas y la tropa del San Felipe sólo consistía en 20 hombres, todos mulatos milicianos. Finalmente y a última hora, se les pudieron sumar otros 90 soldados y artilleros que pertenecían a los guardacostas. El hecho es que con solo seis naves, pero con una potencia de fuego mucho mayor que la del San Felipe, a Vernon no le resultó difícil doblegar la defensa. Fue un encuentro totalmente desigual, y aun así 18 ingleses murieron y 25 quedaron heridos, mientras que solo 4 defensores quedaron heridos.

Por su parte, los cañones del Santiago sólo sirvieron para hacer ruido. Se descuadraron al primer disparo por la pésima condición de las cureñas y la pólvora era de mala calidad. Luego de imponer unas capitulaciones blandas, Vernon se dirigió al San Lorenzo y lo destruyó a bombazos. Retiró todos los cañones de Portobelo y el San Lorenzo y voló los castillos, de modo que las dos plazas quedaron virtualmente indefensas. Luego de buscar refuerzos en hombres, barcos y armas en Jamaica y Gran Bretaña, y habiendo ya dejado inutilizado al San Lorenzo, Vernon se prepara para regresar al Istmo, penetrar el río Chagres y capturar Panamá. Para este proyecto contaba con que el comodoro George Anson diera la vuelta al Cabo de Hornos y se le uniera con su escuadra en Panamá. De esa manera se cortaría la yugular más sensible del Imperio colonial español y el León británico le arrebataría a España las riquezas del Perú. Era un plan tan fantástico como ambicioso, pero poco realista.

¹³ Para la invasión de Morgan en 1668, Alfredo Castellero Calvo, *Portobelo y el San Lorenzo del Chagres*, capítulo XI.

La invasión británica a Panamá se inicia en abril de 1742. Esta vez llega Vernon con muchos más barcos y tropas que en 1739: 104 velas de guerra, algunas de hasta 90 cañones, varios barcos hospitales, 3,000 tropas y más mil cargueros negros e indios. Parecía un reto invencible. Pero encontraría una situación muy distinta. La vergüenza por la que había pasado en 1739 el capitán general Dionisio Martínez de la Vega, debido a su deslucido papel en la defensa, lo obligaba a salvar su honor y a prepararse mejor, de manera que esta vez sí organizó un coherente y sólido operativo militar. Podía contar ahora con Juan Joseph Colomo, el nuevo teniente general de Portobelo, quien siguió al pie de la letra sus instrucciones. También contaba con 1,400 hombres de refresco y varios barcos que le había enviado el virrey de Perú, más 50 soldados regulares que de Nueva Granada se destinaron a Portobelo. Esta vez el Imperio se preparaba para resistir.

Todo el país se movilizó. Se hizo una intensa recluta y no hubo hombre con capacidad de portar armas que no quedase enlistado y puesto a las órdenes de Colomo. Tan pronto se acercaron las velas enemigas Colomo se retiró de Portobelo y empezó a distribuir fuerzas en sitios estratégicos. Su desplazamiento a los distintos puntos escogidos fue frenético. Todo esto cogió totalmente por sorpresa a Vernon, al general de tierra y al gobernador de Jamaica, con quienes compartía el mando, que comenzaron a pelearse entre ellos, porque no había consenso sobre lo que se debía hacer. Para empeorar las cosas, los aguaceros se adelantaron y llovía a cántaros, y luego de sus recientes fracasos en Cartagena y Cuba, Vernon sabía lo que esto significaba. El general de tierra, Thomas Wentworth, quería cruzar el Istmo y atacar Panamá, pero a Vernon lo tenía acobardado el mal tiempo y prefería desistir del plan original. En medio del disgusto y las discusiones, el gobernador de Jamaica retiró sus fuerzas, y el gran proyecto empezó a tambalearse.

Entretanto el comodoro Anson a duras penas había sobrevivido al cruzar el Cabo de Hornos. De su escuadra de guerra sólo le quedaba la nave insignia, *El Centurión*. Llegó a tientas a la isla Juan Fernández con la mayoría de hombres enfermos de escorbuto y allí se mantuvo para abastecerse de agua y carne de focas y cabras. Capturó una nave española, donde se enteró de que Vernon había sido totalmente derrotado en Cartagena, de manera que ya no tenía caso mantener el plan de invadir Panamá, por lo que se dirigió primero a la isla de Coiba, al sur de Veraguas, donde se abasteció de agua y de carne de mono, y luego siguió rumbo a México

para capturar la *nao de China* y dar la vuelta al mundo. Vernon y Anson nunca se pudieron comunicar y cuando Vernon llegó a Portobelo ya Anson iba rumbo al norte. Aquel alocado plan de capturar Panamá, además de absurdo, revelaba los prejuicios británicos sobre la capacidad de reacción de las colonias españolas.

Entretanto, Colomo y las tropas panameñas no bajaban la guardia y Vernon ni siquiera se atrevió a avanzar por el Chagres, al descubrir que en el curso medio le esperaban dos fuertes artillados. Además, no ignoraba que la capital estaba protegida por una sólida muralla. Ya no eran los tiempos de Morgan. A Vernon no le quedó más remedio que retirarse sin haber conseguido absolutamente nada y luego de un enorme dispendio de recursos que minaron seriamente su prestigio en Londres. Así pues, el gran plan Vernon-Anson resultó en un estrepitoso fracaso y las defensas panameñas triunfaron nuevamente sobre el inglés. Fue una de las peores humillaciones para el pabellón británico, aunque este es un episodio que han silenciado las historias tanto de ellos como nuestras¹⁴.

La derrota de Gregor MacGregor

Apenas me queda espacio para hablar de la invasión a Portobelo por Gregor MacGregor en 1819, ya en plenas guerras de Independencia, por lo que solo diré que, luego de ocupar sin dificultad Portobelo, fue rechazado por las tropas combinadas del Batallón Cataluña y las milicias locales que se enviaron de Panamá. Él se salvó arrojándose con un colchón por el balcón de la Aduana y nadó hasta una de sus naves, pero el resto de su tropa cayó prisionera. A los rasos, enfermeros y médicos se les condujo a Panamá para prestar servicios comunitarios, y a la oficialidad se la envió a Darién donde casi todos murieron, ya sea fusilados o por los malos tratos. Del total de prisioneros solo sobrevivieron 40. Fue otro triunfo rotundo de nuestras armas contra el invasor enemigo.

¹⁴ Para el rechazo a MacGregor, Alfredo Castellero Calvo (2016), capítulo XIII. Del mismo autor, "La invasión de Portobelo por Gregor MacGregor en 1819," en *Viaje del Mundo. Ensayos en honor a Carlos Martínez Shaw*, ed. A. J. Rodríguez Hernández y otros (Valladolid: UNED, 2016), 43-64; y "La invasión de Gregor MacGregor y la Independencia de Panamá," *Tempus Revista en Historia General* no.3 (2016): 135-160.

Conclusión

Ya en el siglo XVII era evidente para el imperio español la enorme importancia estratégica del Istmo. La tesis original era que su principal defensa consistía en la propia naturaleza, junto con su gran aliado, las enfermedades tropicales como la fiebre amarilla, la disentería o la malaria. Pero la experiencia demostró que, en última instancia, eran las tropas y en particular la fuerza miliciana, el factor decisivo en la defensa. Así quedó demostrado una y otra vez, y lo confirmaron el triunfo sobre Vernon en 1742, la guerra del Darién en la década de 1780 y el rechazo a MacGregor en 1819¹⁵.

Para terminar sólo agregaré lo siguiente. Dado que gran parte de lo que he expuesto es nuevo para nuestra historiografía, espero que le resulte sorprendente al lector, como lo ha sido para mí. Sin embargo, lo anterior es solo un apretado boceto de uno de los aspectos fascinantes de nuestra realidad colonial, de la que queda aún mucho por descubrir. Mi mayor deseo es que una nueva generación de historiadores tome el relevo y continúe abriendo trochas, porque apenas hemos puesto un pie en el umbral y, como creo haber demostrado, urge seguir rescatando del olvido los grandes silencios de nuestra historia.

FUENTES

Archivo General de Indias, Panamá 167

¹⁵ Así escribía el virrey de Nueva Granada, José de Ezpeleta, en su *Relación de mando* de 1796: “La mayor defensa de estas costas y fronteras estriba en su mal temperamento despoblación y falta de recursos para mantener número considerable de invasores”. Y agrega más adelante, refiriéndose a los planes que propuso el ingeniero Agustín Crame para la defensa del Istmo: “La defensa principal consiste también en las dificultades que ofrece el país para internarse con alguna grande expedición militar en términos que ni aún la ocupación de cualquiera de los dos puntos de Portobelo y Chagre sería decisiva para el enemigo, que en la guerra del año del 41 lo tuvo en su poder [se refería al ataque de Vernon de 1741 y 1742], y acreditó esta aserción volviendo a abandonarlo sin pensar en internarse hacia Panamá, cuyo intento también se pudiera haber impedido con poca gente, según lo informó el Sr. Virrey D. Sebastián Eslava a la Corte en aquella ocasión”. Cf. Germán Colmenares, *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*, Tomo II, 294 y 299.

BIBLIOGRAFÍA

CASTILLERO CALVO, Alfredo. *Portobelo y el San Lorenzo del Chagres, Perspectivas Imperiales, siglos XVI a XIX*. Panamá-Bogotá: Editora Novo Art, 2016.

_____. “La invasión de Portobelo por Gregor MacGregor en 1819.” En *Viaje del Mundo. Ensayos en honor a Carlos Martínez Shaw*, editado por A. J. Rodríguez Hernández, 43-64. Valladolid: UNED, 2016.

_____. “La invasión de Gregor MacGregor y la Independencia de Panamá.” *Tempus Revista en Historia General*, no. 3 abril-mayo (2016): 143-171.

COLMENARES, Germán. *Relaciones e informes de los gobernantes de la Nueva Granada*, Tomo II. Bogotá: Biblioteca del Banco Popular, 1989.

PARKER, Geoffrey. *La Revolución Militar. Innovación militar y apogeo de Occidente, 1500-1800*. Madrid: Alianza Editorial, 2002.

SERRANO ÁLVAREZ, José Manuel. *Fortificaciones y Tropas. El gasto militar en Tierra Firme, 1700-1788*. Sevilla: Universidad de Sevilla, CSIC, 2004.